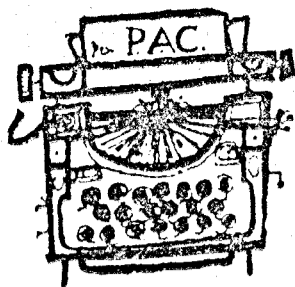


escrito a máquina

Un nuevo fenómeno sociológico!

El organismo social busca vigorizar sus células



Un escritor español hacía notar, recientemente, la restricción sutil pero dialéctica que ha sufrido en nuestra lengua la palabra "campo". "En el nacimiento de nuestra lengua y sus primeros pasos, la voz "campo" se utiliza para designar una posibilidad expansiva que sugiere libertad". El Cid es el campeador porque abre campo a la España de la Reconquista. "Campa" por sus respetos. Y al que no encuentra límites se le dice que "va tan campante" porque "nadie pone puertas al campo". Poco a poco esa sugerente libertad de espacio de lo campal —donde vaga sin límites ni cercos el "campesino"— va reduciendo su significado hasta indicar lingüísticamente lo contrario: la "demarcación" estricta de una tarea o actividad. Ahora uno actúa en "su campo". Es decir, en su parcela bien delimitada. Y el economista no quiere que el no "especializado" se meta en el "campo económico". Y hay un campo político donde se milita y si es del "otro campo" está excluido. Etcétera.

Es decir, la palabra "campo" ha sufrido una reforma agraria. La lengua ha traducido y revelado un proceso de cambio de la historia: el hombre ha sentido vivencialmente que la tierra se achica. Que el campo del hombre ha sido reducido por la injusticia y el crecimiento demográfico combinados; y toda esta transformación demográfica, política y social ha estallado dentro de la cápsula de un solo vocablo modificando su significado. Así hay muchas señales o signos —tan sutiles como la historia de una palabra— que delatan al observador atento transformaciones y procesos, a veces vastos pero escondidos y a veces iniciales pero quizás de formidable y revolucionaria proyección futura. Por ejemplo: he venido observando en estos últimos tiempos un fenómeno no delineado todavía en toda su significación, pero q' sí se manifiesta a través de signos o de brotes cada vez más frecuentes y cada vez más universales entre la juventud. El fenómeno pudiera enunciarlo, provisionalmente, así:

La juventud ya no es atraída por las grandes organizaciones. O bien: se está produciendo la crisis final de los partidos porque la juventud, cada vez en mayor número, se niega a incorporarse a ellos. O bien: las sociedades gigantes, que parecían la forma propia de asociación de la sociedad de masas moderna, está dando paso a una concepción nueva que acentúa el valor de las pequeñas comunidades.

Mientras nuestra generación sufrió la atracción y la mística de los grandes conglomerados —concentraciones fascistas, manifestaciones y desfiles comunistas, grandes partidos políticos, liturgia de las grandes multitudes, etc.— las generaciones actuales rehuyen en todas sus formas de actuar, aunque su finalidad sea la masa, esas formas multitudinarias —rehuyen el "campo" y tienden a manifestarse en formas grupales, celulares, en "campos" de pequeña pero intensa autenticidad y con otro sentido de la vinculación humana.

Qué significa este cambio, este signo de cambio que sutilmente va trazando, cada vez con mayor énfasis, la juventud que está surgiendo en nuestro continente e incluso, también, en los otros continentes?

Hace una semana leía la crónica de una de esas extrañas pero también típicas concentraciones de nuestro tiempo. Una peregrinación de más de veinte mil jóvenes de todos los credos que llegaron desde 43 países a Taizé, a un monasterio protestante rodeado de colinas. La concurrencia fue algo espectacular, y más por inesperada y espontánea. El motivo también: una doble aventura: transformar el mundo y transformar el "hombre interior". Pero lo más sorprendente fue que esa gran multitud de jóvenes decidió comprometerse a formar, alrededor de cada uno de

ellos, células de siete personas como máximo, para, a través de ellas, lograr sus fines. Y uno de sus principales objetivos era trabajar para el Tercer Mundo.

Por qué formar células?

En una encuesta a los estudiantes de las dos universidades y de los institutos de segunda enseñanza de Nicaragua —encuesta que comenté en un escrito pasado— la estadística de los jóvenes que decían pertenecer a los partidos tradicionales era abrumadoramente insignificante. Pero, lo desconcertante es que esos jóvenes que se niegan a pertenecer a los viejos partidos, también se niegan a pertenecer a los nuevos. Los jóvenes marxistas no se suman al partido socialista o Comunista. Los jóvenes cristianos no se suman al Partido Social Cristiano. Y son jóvenes militantes, son políticos. La gran mayoría no se "afilia" —"fenómeno sociológico de enorme interés que merece un estudio aparte" dice el autor de la encuesta. En una asamblea de estudiantes, un profesional excitó a los universitarios a darle la solidez y organización de un partido a sus fuerzas y uno de sus líderes contestó, con el aplauso de todos, que "la idea de partido es algo anacrónico en la mentalidad del estudiante". (1)

Lo que está pasando en Nicaragua apunta también en el resto de América. Las informaciones periodísticas sólo recogen las manifestaciones violentas de este fenómeno: los Tupamaros, las guerrillas urbanas o campesinas, etc. Pero existe un bulente y variado paisaje de activismo celular, grupal, a veces decididamente anti-violento, que se escapa a los titulares de los diarios. Alguien se ha preguntado si el atractivo de las guerrillas sobre la juventud hispanoamericana no residirá, más que en su aspecto guerrero, en su forma de asociación activa celular.

Significa esto que ha entrado en crisis la idea de partido?

Podría pensarse que las masas de Hispano América han asimilado en su subconsciente una historia de frustración al operar como partidos. Una y otra vez sus anhelos y su fuerza han sido aprovechadas y luego traicionadas por sus caudillos y demagogos. Las masas están comenzando a auto-conocer la debilidad de su fuerza masiva invertida y entonces está comenzando también ese movimiento instintivo y juvenil de robustecer sus células, de fortalecer desde abajo y en lo pequeño esos cuerpos gigantes que han resultado débiles e indefensos ante sus propios conductores. Es algo biológico, como me decía el Dr. Silva.

En tal sentido es interesante observar cómo un líder de tanto instinto caudillesco como Fidel Castro ha variado, en el último tramo de su camino político, su actitud con los partidos comunistas. Castro casi ha desbaratado el propio Partido Comunista cubano y le ha declarado la guerra a la mayoría de los partidos comunistas hispanoamericanos.

Fenómeno parecido acaba de revelar el Presidente de la Junta Militar peruana al hablar esta semana de la forma de participación política de la masa en la revolución sui-géneris que se está realizando en Perú. Y se ha hablado de "comités de la revolución" como los instrumentos de esa participación. Ya no el gran partido único, sino formas menores, celulares, para mayor efectividad de esa participación de la masa en el poder.

Significan estos signos un cambio en el "campo" de las masas, una orientación más segura hacia su autenticidad? Porque no se trata —como hemos visto— de actitudes aristocratizantes o minoritarias de negación de las masas, sino, al contrario, de formas nuevas surgidas de la voluntad de darle a las masas, o de las masas de darse

a sí mismas, la participación efectiva en el desarrollo y en el poder que no han logrado por medio de las organizaciones partidaristas, ni siquiera cuando ese partido es único y se llama "del proletariado" o "revolucionario".

Hace unos años Khrushchev gustaba de decir a los capitalistas: vuestros nietos serán comunistas. Pero el comunismo en su expresión actual está sustancialmente montado en un organismo que cada día demuestra más su ineficacia e inautenticidad: el Partido. Quizás los nietos de los capitalistas y los nietos de Khrushchev sean más bien "comunalistas". Es decir, participantes de una revolución nueva que devuelva al pueblo —desde sus células básicas— la fuerza creadora y vital de sus comunidades, y con ello

permita su auténtica participación (no rebañiega, ni amorfa) en la verdadera civilización de masas que el crecimiento demográfico plantea a la humanidad.

P.A.C.

- (1) Un joven estudiante de Economía me escribía desde Washington, a propósito de la crisis de la UCA, lo siguiente: "Ojalá todo esto sirva para mejorar la formación universitaria en Nicaragua, y para avanzar un poco más hacia un centro de estudios honrados, objetivos, serios, sobre todo estudios relacionados con el hombre y su sociedad. Yo cada día me inclino más a acentuar el valor de las pequeñas comunidades de hombres. Las sociedades gigantes tal vez sean como elefantismo, como esos pies o manos enormes que a veces se ven y que atrofian sus funciones. La Iglesia participa de ese mal: la gran sociedad. Quizás en el fondo, sea hambre equivocada de poder. La verdadera democracia civil y libertad cristiana no pueden existir sino a través de agrupaciones pequeñas".